

Cuando se estudian las causas de la crisis pesquera, salta siempre con acusado relieve, la referente al exceso de intensidad en las capturas.

Es un lugar común decir que se abusa del arrastre, que se insiste con exceso en los

placeres habitualmente frecuentados por las especies, sin dejar tiempo a que estas se reproduzcan. Toda la teoría de medidas propuestas para evitar la situación de persistente escasez: prohibición de arrastrar dentro de las seis millas litorales, zonas de pesca, vedas, etc. no obedecen a otra finalidad que a la de proteger la multiplicación de los peces, para que en la tierra pueda producirse al menos la conservación de los panes.

Naturalmente que, en el fondo del tópico, late una verdad inatacable. Pero ya suele enfocarse ahora la puntería, hacia otro blanco más concreto. Dicen algunos que falta pesca, porque sobran barcos.

En realidad acontece que, desde hace años a la fecha, se han incrementado notablemente los efectivos de la flota pesquera. No ya en los grandes puertos, sede de una pujante industria, vinculados más o menos directamente a mercados de amplia demanda, donde es indispensable que trabajen muchos barcos para sostener el desarrollo de tráfico adquirido de antiguo; pero hoy es frecuente comprobar que en pequeños puertos los barcos de pesca aumentaron también en una proporción insospechada.

La consecuencia, es obvia. Cuando la oferta es holgada, sobrepasa las exigencias de la demanda, y el pescado se desvaloriza para todos. Y solo cuando la abundancia no se acusa, las cotizaciones cubren el minimum de volumen necesario para retribuir el esfuerzo del trabajo y el riesgo del capital.

* * *

En ese círculo férreo no puede desenvolverse prosperamente la industria. Tampoco puede ser un factor favorable, si no de contrario efecto, esta dispersión de la flota por los diferentes puertos, en un país donde estos existen casi a la vuelta de cada recodo costero. La falta de un alto sentido de coordinación que debió presidir coactivamente el desenvolvimiento de la industria, si los gobiernos españoles fuesen sensibles a las necesidades de la economía del

Muchos barcos

y

pocos peces

~ ~ P O R M A R E I R O ~ ~

mar, fué causa de la actual desconcentración de las flotas, y de que no se haya podido arribar aun, a la habilitación de un gran puerto moderno de pesca.

He ahí un factor de la crisis, al que no se le reconoce la impor-

tancia que tiene. No es nuestro propósito analizarlo ahora, pero conviene reparar en que muchas veces el mal que ojos ingenuos ven solamente en la mar, queda detrás, en la tierra irresolución, en la ausencia de comprensión por parte de los elevados celadores públicos.

Las cuestiones de organización industrial, no pueden resolverse más que a base de disciplinar la iniciativa, y conducirla a soluciones debidamente experimentadas. La carencia de esta preocupación, en el medio pesquero como en los demás sectores de la producción, no podía dar resultado distinto al que actualmente contemplamos.

* * *

Un espíritu simplista resuelve fácilmente el problema, decretando la disminución de la flota, por amarre forzoso de una parte de ella, o por evitación de toda construcción nueva. Sin embargo, tal vez sea el extremo a donde solo en último término se deba llegar.

Antes parece necesario que dentro de la propia industria, se exploren los horizontes que aun quedan poco menos que intactos. En España, por ejemplo, tal vez exista exceso de parejas, y de «trawlers» de altura y de barcos más pequeños.

En cambio, faltan muchos barcos bacaladeros, y otros que pudieran intentar la pesca del arenque, etc.

Hasta hace unos ocho años, en ve ano las flotas de los puertos del Norte frecuentaban los mismos caladeros que en invierno. Se inició entonces la pesca llamada del Gran Sole, y con ella un periodo de relativa prosperidad, que ahora de año en año declina rápidamente. Lo cual parece indicar que, mientras haya mares que explorar, si la industria quiere desenvolverse sin inquietudes, no puede renunciar a renovar sus empeños, ni demorarse demasiado en apurar los que ya están conseguidos.

He ahí una orientación que exige el redoblado aliento de todos.